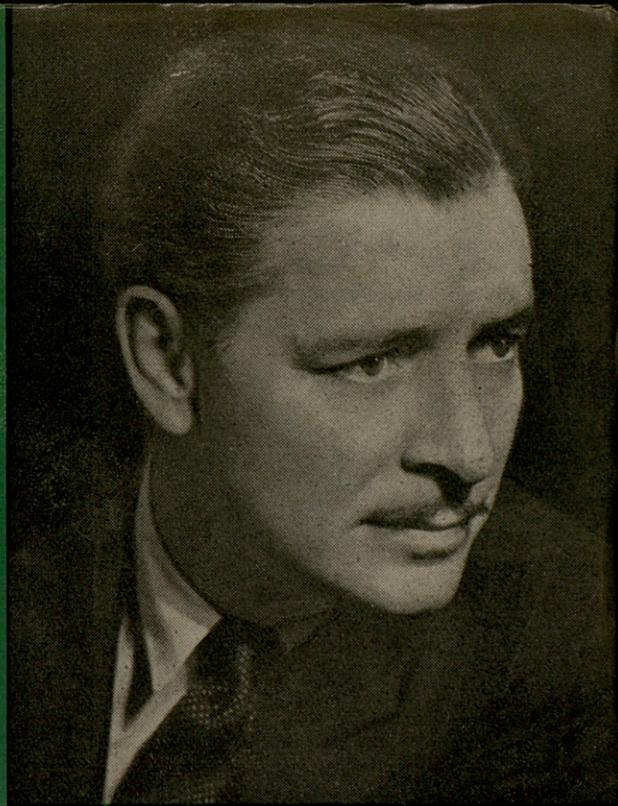


E
S
T
R
E
L
L
A
S
de
C
I
N
E



RONALD COLMAN

BIOGRAFIA Y ANECDOTAS

30
CTS

RONALD COLMAN

por Willy Spaulding

Vocación contenida

En el 9 de febrero del año 1891, nacia en Richmond, Inglaterra, uno de los más universales actores de la pantalla, que tan unida está a su existencia: Ronald Colman. Descendiente de unos actores del mismo nombre, padre e hijo, George Colman, famosos en el siglo XVIII en los teatros de la Gran Bretaña, los Colman hasta llegar al progenitor del actor, Carlos, dedicaron el fruto del arte de sus antepasados al negocio de importación de seda, floreciente en un principio y reducido en la época a que nos referimos, a la importación en pequeña escala.

Carlos y Marjorie se sintieron la pareja más feliz del mundo al tener el primero de sus hijos. Vinieron nuevos retoños, pero el padre sentía especial predilección por Ronald y eran inseparables.

RONALD COLMAN

BIOGRAFIA Y ANECDOTAS

Al llegar a los nueve años, Ronald ingresó en un colegio de Sussex llamado Hadley School. Carlos deseaba para su hijo un porvenir mejor que el suyo y puesto que el chiquillo tenía inmejorables disposiciones para el estudio, sus esperanzas parecían sólidamente fundadas. Por su parte, el pequeño Ronald aceptó la decisión y su ingreso en el centro docente con agrado, pues de tal forma podría alcanzar fácilmente la meta que se había señalado: ser ingeniero. Era intención de ambos que, una vez terminados rápidamente los estudios preliminares, Ronald ingresase en una de las dos célebres universidades inglesas.

En una de sus vacaciones—Ronald tenía entonces once años—, visitando una feria, sus maravillados ojos tropezaron con un cartel que rezaba: «Fotografías animadas». Padre e hijo se decidieron a saborear la desconocida diversión. Se proyectaba uno de los celuloideos más antiguos que existen, en que se presentaban panoramas de distintos lugares del mundo en serie sucesiva. Ronald salió enormemente impresionado del espectáculo, sin conocer la influencia que iba a tener en su futuro. Mas pronto lo olvidó.

En el mismo año de este descubrimiento, al acercarse las Navidades, el colegio se dedicó a preparar la función teatral, cosa que siempre producía gran revuelo entre los escolares. Acometido por el afán de imitación, Ronald sintió la imprescindible necesidad de ser escogido. Después de muchas maquiavélicas maniobras, y puesto a prueba, le eligieron actor entre otros muchos candidatos. Llegado el día de la representación, cosechó el primero de sus triunfos.

Este, seguido de otros más, despertaron el actor en él. Se anunciaron otras funciones, de carácter benéfico, y he aquí que Ronald fué otra vez el primer actor. Representó «El admirable Crichton»; su éxito fué enorme, pero ya no le bastaban los aplausos conseguidos; deseaba la crítica de un entendido en la materia. Días más tarde, aprovechando una presentación, rogó a Sir George Alexander que asistiera a la segunda comedia, «El debut de Fanny», en la que tomaría parte, y que le juzgase.

El dictamen fué que no estaba mal para un aficionado, pero dicho con voz seca e impertinente. Sin embargo, Ronald no se apabulló y continuó apareciendo en sucesivas representaciones y consiguió refinarse,

tras un penoso aprendizaje, sin tener otro maestro que a sí mismo.

Murió su padre y llegaron días duros para Ronald y su familia. Se acabaron los alegres y descuidados días estudiantiles y tuvo que marchar a Londres en busca de trabajo, que consiguió, entrando como mozo en la Compañía Británica de Vapores, tras de muchos días de incertidumbre. Y uno de los actores mejor pagados percibía un sueldo equivalente a quince pesetas semanales.

Tenía entonces diecisiete años y, pasada la amargura inicial, dió entrada en su alma al primer amor. Frente a su casa vivía una muchacha rubia y de ojos azules, a la que cada día, a la vuelta de su trabajo, contemplaba admirado. Se sentía más responsable desde que su corazón ardía en sentimientos, pero... dió la casualidad de que jamás le dirigió la palabra.

A los veintidós años volvió a las tablas, que no había olvidado, ingresando como socio en la sociedad Bancroft, compuesta por jóvenes entusiastas del arte escénico. Sin embargo, jamás le dieron otros papeles los directores que los de joven imberbe o anciano achacoso, maravillados, como dice Colman, «sin duda, por la justeza con que

los representaba». Y se ríe irónicamente.

Sus veintiséis años fueron celebrados por un gran acontecimiento: la compañía le nombró escribiente, con el sueldo de sesenta pesetas semanales. Comentando su ascenso, dice: «Confieso que me felicité a mí mismo por tan enormes progresos.» En contra de lo que era de esperar, a partir de entonces sintió una inquietud que le impedía a huir de la oficina y a buscar otro campo en que desarrollar sus actividades. Y súbitamente abandonó la oficina y se alistó voluntariamente en el regimiento de Escoceses de Londres.

Durante cuatro años permaneció en el Ejército. En el año 1913 recibió su licenciamiento y buscó un nuevo empleo. No tardó en hallarlo en sus antiguas oficinas y otra vez se hundió en en anonimato de la gran urbe. Cuando al año siguiente estalló la guerra, se le antojó que aquélla era la ocasión de librarse para siempre de su existencia rutinaria. Y Ronald se apresuró a incorporarse a su antiguo regimiento, que, en el 14 de septiembre de 1914, desembarcaba en tierras de Francia. Pasaron los días. Se encontró en primera línea.

En la batalla de Iprés, una granada enemiga le fracturó el tobillo. Esta fué la úni-

ca herida que recibió, a pesar de todas las leyendas que sobre este punto circulan. Durante dos días permaneció tendido en el campo de batalla y, cuando más tarde fué transportado al hospital, la insignificante herida ya se había gangrenado. Los médicos dudaron de salvar su tobillo.

Parcialmente curado, ingresó en una brigada que desempeñaba trabajos ligeros, sirviendo otros dos años más en el Ejército, pero su tobillo se resentía y un tribunal le dió la licencia absoluta.

La guerra había creado grandes problemas, aumentando el coste de vida, al mismo tiempo que era imposible encontrar trabajo remunerado.

Años de prueba

Ronald estaba desesperado; sus economías desaparecían y su situación era más y más tenebrosa, cuando se acordó de sus cualidades dramáticas y se dispuso a explotarlos.

Unos amigos suyos conocían a Lena Ashwell, directora de un espectáculo londinense, que necesitaba para el mismo un joven moreno de aspecto meridional. Les rogó que le presentaran a la directora y, tras de algunas dificultades, obtenía el papel. La

obra era «La maharani de Arakán», de Tagore, y Ronald Colman representó a un abanderado que toca la trompeta, teniéndose que pintar de negro.

Pese a la insignificancia de su comienzo, se hizo notar, trabó numerosas relaciones con el mundo teatral y logró ser presentado a Sir Gerald du Maurier y a miss Gladys Cooper, a quienes cabe el honor de haber descubierto artísticamente a Colman. Miss Cooper le dió un papel de escasa importancia en «La dama extraviada», en la que tenía el papel principal. Esta obra fué su revelación: le elevaron a la categoría de galán en «Géneros averiados», y tras de seis meses de representación, recibió la primera oferta de trabajar en el cine.

Los compromisos obligaban a retirar del cartel a «Géneros averiados» y la compañía se disolvía a continuación. Ronald recibió con los brazos abiertos la proposición de George Dewurst, director, autor y cameraman en una pieza. El trabajo duraría quince días, durante los que recibiría una libra diaria, exceptuados los domingos.

No se conoce el nombre de la primera película de Colman, ocultado, sin duda, por pudor, pero sí el de su compañera, Phyllis Titmus, que más tarde alcanzó gran fa-

ma mundial. Terminada esta cinta recibió otra oferta cinematográfica y... en los tres años siguientes, con intermitencias, tomó parte en siete u ocho películas, siendo protagonista en tres. Fácil es imaginar la clase de cinematógrafo por entonces estilado y su rudimentaria técnica, si se tiene en cuenta que su actuación en él comenzó en 1917.

Cecil Hopworth, jefe de una compañía cinematográfica británica muy bien reputada, le ofreció un sueldo fijo con la condición de que renunciase a la escena. Dijo, mas como los términos del contrato no eran despreciables, pronto concluyó «Un hijo de David», en que encarnaba a un pígl judío.

Más tarde, Walter West, director de la compañía cinematográfica Boadvest, reclamó su servicio para un papel en «Nieve del desierto». Esta compañía, más sólida, económicamente hablando, llegaba incluso a escoger los lugares de acción. Efectuó un viaje a Montecarlo para filmar la «Araña negra», siendo su pareja la bailarina rusa Lydia Kyasth. No obstante el gran trabajo que tenía, Ronald Colman no se adaptaba al cinema, se tachaba de mal actor, por lo que se cohibía, con resultados desastrosos para él. Pronto nadie le concedió aten-

ción y tuvo que dirigir nuevamente sus miras a la escena.

Ahora, la responsabilidad de Ronald Colman era mucho mayor. A poco de terminar la guerra conoció a la actriz Thelma Raye, que trabajaba con él en una comedia de espionaje, y entre bastidores nació su amor, que poco después los unía matrimonialmente. Su noviazgo había sido corto y lo menos romántico posible, dadas las duras circunstancias de la postguerra. Al ser despedido de la pantalla, tenía que luchar por su esposa y por él.

Encontró colocación en un teatro de Londres y tomó parte en dos dramas. Un drama sentimental, en el que se destacó, le concedió la oportunidad de hacer una gira por provincias, en la compañía de Lynn Harding.

Pronto todas las puertas se le cerraron; la depresión económica aumentaba lo mismo que el número de parados. Fué elaborando el proyecto de emigrar a América, país en el que el teatro y el cinematógrafo tomaba un auge extraordinario. Reunió sus escasos ahorros, compró un pasaje de segunda y con unas cartas de recomendación para D. W. Griffith y Julió Brulatur y otros jefes de importantes productoras, se

embarcó en Londres en el «Zelandia». Había convenido que su esposa se reuniría con él tres meses más tarde.

No tardaron en derrumbarse los castillos edificadas en el aire. La situación de Nueva York no difería mucho de la de Londres. Se vió obligado a abandonar la casa de huéspedes y alquilar una habitación en Brooklyn; sus ahorros se disipaban y no parecía el horizonte dispuesto a aclararse; pues todos los estudios de la capital estaban cerrados debido a la crisis.

Como en otras ocasiones, volvió la vista a la escena y fué su salvación. No consiguió el empleo de buenas a primeras, pero como no cejaba, su constancia se vió premiada con un papelito de comparsa en «Los tres invencibles», obra que se representó durante tres semanas. Casi inmediatamente, se enroló en una compañía de provincias, obteniendo el segundo papel en la comedia «La diosa verde», cuyo autor es el actual astro George Arliss. Y, al ingresar en una compañía ambulante, tuvo ocasión de ver por primera vez a Cinelandia.

La incesante actividad y la gran importancia de Los Angeles, le hizo acordarse de sus ensayos como actor cinematográfico y, sin más pensarlo, se lanzó por las caóticas

calles de los estudios. Averiguó las señas de una agencia de colocación... pero fué inútil. Nadie le hacía caso. Así terminó, con una derrota, su primera visita a la ciudad que había de ser espectadora de sus triunfos.

Ronald Colman, actor

De regreso a Nueva York, hacia otoño de 1922, Ronald Colman formaba parte de la compañía de Henry Miller. Esta representaba la obra de Henry Bataille «La tendresse» y Colman tenía el papel de Alain Sergyll, lo que representaba un ascenso en su carrera teatral.

No tardó el público en fijar su atención en el sorprendente actor inglés, gracias a un importante crítico teatral. A esta satisfacción, no tardó en unirse la maravillosa oferta de unos de los magnates de la pantalla, a quien plació su trabajo escénico.

«Una tarde—cuenta Ronald Colman—, al acabar el ensayo me anunciaron la visita de Henry King, y entre las maromas y telones me propinó un cordial apretón de manos y la noticia de que estaba planeando un film, «La hermana blanca», cuya protagonista iba a cargo de Lilian Gish. Pues

bien, para esta obra necesitaba un galán que tuviera aspecto de italiano y militar, imposible de hallar hasta la fecha. Al parecer yo era el único que podían encargarlo. Inmediatamente me presentó a miss Gish.

»Fué inútil que yo alegrara mi escaso conocimiento de la cinematográfica. La única dificultad era que, tras las pruebas, tenía que salir hacia Roma, en donde se desarrollaba la acción, siendo preciso que rompiera mi presente compromiso. Entonces vacilé.

»El contrato que tenía con Henry Miller no era posible rescindirle sin la aprobación de éste, y, si me marchaba de repente, sería dejarle en la estacada. Pero mister King y su acompañante no desistieron; hablaron con Miller que se dejó convencer por sus argumentos.

»Unos días después navegaba por el Océano, sentado en la cubierta de un hermoso barco, con rumbo a Italia.

»Durante la filmación de «La hermana blanca», la ayuda de miss Gish y de Henry King me fué valiosísima. Me sirvió para desprenderme de todos los defectos que la técnica anticuada de Inglaterra había depositado sobre mí.»

Acabada esta cinta, se dirigieron a Florencia, con objeto de filmar, con el mismo reparto, «Romola». Hacia el final de su trabajo recibió un largo cablegrama de Samuel Goldwyn, en que le pedía que regresara rápidamente a América, pues había visto una prueba de «La hermana blanca» y deseaba que protagonizara «Tarmish», con May Mac Avoy por compañera, indicando la posibilidad de un largo contrato, cosa que ocurrió en mayo de 1924.

A «Tarmish» siguió «Un ladrón en el paraíso» y después «Su momento supremo». Más tarde, con la Metro-Goldwyn-Mayer, de reciente creación, actuó en «La Venus del deporte» y tras ésta en «Su hermana de París», con Constance Talmadge, con la que trabó estrecha amistad, así como con sus hermanas Norma y Natalia.

El primer film con Vilma Banky, fué concluido en octubre de 1925, bajo el título de «El ángel de las tinieblas», «Stella Dallas», sigue en el orden de las películas de Ronald Colman y se terminó en noviembre de 1925, con Belle Bennet y Louis Moran.

Pasó a la First National, rodando «Kiki», con Norma Talmadge y, poco después, dirigido por Ernst Lubitsch, la conocida obra de Oscar Wilde «El abanico de lady Win-

«*ermere*». Después vino el formidable «*Beau Geste*», seguido de otra cinta de aventuras—, en octubre de 1926—, «*Flor del desierto*», con Vilma Banky y en la que tomó parte, siendo en su primera película, Gary Cooper. A continuación «*Venganza gitana*», «*La llama mágica*» y «*Dos amantes*», con Vilma Banky, que jamás volvió a actuar con él, pues, adquirida la categoría de estrella, su unión les perjudicaba.

Habiendo vuelto de un viaje a Inglaterra, en mayo de 1928 fué trasladado a la isla de Santa Cruz en compañía de Lily Damita, reciente adquisición de América, y rodaron «*El rescate*», célebre cinta por las controversias que despertó. Fué su última actuación en el cinematógrafo mudo.

La primera película sonora de Ronald Colman fué «*El capitán Drummond*», con Joan Bennet. A esta cinta siguió «*Condenado*», «*El doctor Arrowsmith*», «*El paraíso del mal*», «*Que pagué el diablo*», con Loreta Young, «*Su único pecado*», «*La máscara del otro*», con Elisa Landi, «*Desbanqué a Montecarlo*», «*Un aventurero audaz*» y «*Clive de la India*», con Loreta Young, «*Bajo dos banderas*», con Claudette Colbert, Víctor Mac Laglen y Rosalind Russell, «*Historia de dos ciudades*», «*Horizontes perdi-*

dos», con Janet Wyat, «*El prisionero de Zenda*», con Madeleine Carroll, «*Si yo fuera rey*», con Frances Dee.

Las últimas actuaciones de que tenemos noticias y que se presentarán en España durante la presente temporada cinematográfica, son: «*Luz que se apaga*», con Walter Huston, Ida Lupino y Muriel Angelus, «*En la noche del pasado*», con Greer Garson, «*Unidos por la fortuna*» (*Lucky Partners*), con Ginger Rogers, «*El asunto del día*», con Jean Arthur y Cary Grant.

Durante el verano de 1933, hizo una visita a España y habitó unos días en Sitjes, dejando imborrable impresión en el ánimo de cuantos le trataron.

Informes complementarios

Ronald Colman es un enemigo acérrimo de cualquier intromisión en su vida privada, lo que hace sumamente difícil poder describir sus gustos particulares. Dos únicas veces se ha presentado en público antes de proyectarse una película suya. Tuvo lugar este verdadero acontecimiento al estrenarse su primera cinta sonora «*El capitán Drummond*», sobre cuyo éxito había en los estudios numerosas opiniones, debido al escaso número de días empleados en

su rodaje. Ello ocurrió en Nueva York y en San Francisco.

No le gusta llamar la atención del público fuera de su trabajo ni hacer exhibiciones, con vistas al reclamo, que le pongan en evidencia. Según dice: «Por no prestarme a servir de espectáculo unos me llaman el «hermitaño de Hollywood» y otros añaden que «tengo mucho humo en la cabeza». No es gusto: sólo pido que me dejen vivir a mi manera, con decoro y disfrutando de la tranquilidad que tan bien cuadra con mis aficiones. Fuera del estudio, no me gusta recordar que soy astro de la pantalla.»

Hasta ahora, que se sepa, nadie ha logrado romper este freno opuesto a la curiosidad. Esta reserva parece ser común a todos los actores y actrices que han alcanzado una sólida fama artística y que, entregándose por entero al público, esperan de éste, en agradecimiento, el respeto que se les debe por su labor.

F I N

Para estar al corriente de las canciones de moda, adquiera **MELODIAS DEL DIA.**

Números publicados:

Rafael Medina, Tito Guizar, Raúl Abril, Dicente Gallardo, Ramón Evaristo, Bonet de San Pedro, Manuel de Bianco, Pilarín Arcos, Carlos Gardel, Roberto Dan, Rina Celi, Alberto Roehi, Amanda Ledesma, Hugo del Carril, Bernard Hilda, A. Algueró y Libertad Lamarque.

30 ctms.

Para canciones de éxito actual...
unicamente **VARIEDADES**

Números publicados:

Narcy - Mirco
M. de Wander - Tita Gracia
Alonso - Xalma

30 ctms.

Adquiera *ESTRELLAS DE CINE*
y obtendrá un curioso archivo bio-
gráfico de las máximas figuras de
la pantalla.

Números publicados:

ROBERT TAYLOR - MARLENE DIETRICH
GARY COOPER - CLAUDETTE COLBERT
LESLIE HOWARD - DIANA DURBIN
RAFAEL DURAN - MARUCHI FRESNO
CLARCK GABLE - IRENE DUNNE
CHARLES BOYER-CONCHITA MONTENEGRO
JOHN BOLES-MYRNA LOY-ROBERT DONAT
JOAN BENNET - RONALD COLMAN

30 céntimos.

J. PALOU Editor - Barbará, 19 - Barcelona